

TALTALIA®

Revista del Museo Augusto Capdeville Rojas de Taltal



Nº 2 2009

Museo Augusto Capdeville
Ilustre Municipalidad de Taltal

Representante Legal: Guillermo Hidalgo Ocampo

Director: Rodolfo Contreras Neira

Comité Editorial

Agustín Llagostera Martínez, Universidad Católica del Norte
Patricio Núñez Henríquez, Universidad de Antofagasta
Sergio Prenafeta, Periodista Científico
Adriana Hoffmann, Botánica

Dirección

Av. Arturo Prat Nº 5, Taltal-Chile.
Teléfono: 611 891
Correo electrónico: museo.taltal@gmail.com

ISSN 0718-7025

TALTALIA: Publicación anual del Museo Augusto Capdeville Rojas. Distribuido por suscripción y canje. Permitida la reproducción de los artículos citando la fuente.

Valor de suscripción anual con envío
E. 20 euros en el extranjero

Portada y Contraportada

Croquis de la Llanura del Hueso Parado con los Cementerios de los Vasos Negros y llanura sur de la Quebrada de San Ramón. Augusto Capdeville 1918.

Diseño y Diagramación

Katherinne Cuturrufo López.

Contenido

- 8-9 Presentación
Foreword
- 10-87 Augusto Capdeville Rojas, notas Arqueológicas
Archaeological notes from Taltal-Augusto Capdeville
Augusto Capdeville Rojas
- 88-97 Nuevos antecedentes sobre la Balsa de Cuero de Lobo en la Costa de Taltal, Chile
New information about the inflatable leather boat in the coast of Taltal, Chile
Rodolfo Contreras Neira y Patricio Núñez Henríquez
- 98-110 A propósito de una miniatura de Balsa en Taltal, contemporánea con Chinchorro
A boat miniature in Taltal, contemporaneous with "Chinchorro"
Rodolfo Contreras Neira y Patricio Núñez Henríquez
- 111-118 Nuevas investigaciones sobre la prehistoria y la antigua minería de Taltal
New investigations about the prehistory and the ancient mining of Taltal
Diego Salazar, Victoria Castro, Hernán Salinas y Varinia Varela
- 119-128 La cerámica Arqueológica de Taltal
Archeological pottery from Taltal
Varinia Varela Guarda
- 129-141 La Isla del Guano de Iquique descrita por bucaneros ingleses a fines del siglo XVII y un plano de la misma
The guano island of Iquique described by english buccaneers from the late XVII century and a plan from
the same time
Horacio Larraín Barros y Víctor Bugueño G.
- 142-157 El Ferrocarril Salitrero de Taltal
Taltal nitrate railway
Heriberto Echeverría Oyanedel
- 158-167 Conversaciones en Tierra del Moro al declinar un verano
Conversation in Tierra del Moro when the summer faces away
Sergio Prenafeta Jenkin
- 168-171 Taltal, todo un nombre polémico
Taltal, a polemic name
Sergio Prenafeta Jenkin
- 172-201 Láminas Alfarería, Croquis y Figuras textos

CONVERSACIONES EN TIERRA DEL MORO AL DECLINAR UN VERANO

CONVERSATIONS IN TIERRA DEL MORO WHEN THE SUMMER FACES AWAY

Sergio Prenafeta Jenkin
sprenafeta@vtr.net

Desde el alfa al omega, desde el crepúsculo a la aurora, la vida de Alfredo Perucci estuvo ligada a privilegiar la sabiduría que inventa, la fuerza que ejecuta y la belleza que adorna, fortaleciendo la unidad familiar y la amistad. Aquí da cuenta del Taltal que fue y de los atractivos que marcan su impronta.

From Alpha to Omega, from dusk to dawn, the life of Alfredo Perucci has been focused in privileging the knowledge of inventing, the strength of executing and the beauty that enhances all, reinforcing the family union and friendship. Here he acknowledges the Taltal that was once an what has marked it's history.

RESUMEN

Una entrevista a un testigo del Taltal de los años 20 y siguientes del siglo pasado da a conocer aspectos interesantes de la actividad comercial y la vida social del puerto. Los padres de don Alfredo Perucci G. y su familia animaron gran parte de la actividad cultural y artística del siglo XX, brindando solaz y satisfacción a varias generaciones.

Palabras Claves: Taltal, Alfredo Perucci G, actividad comercial, vida social.

ABSTRACT

An interview to a witness from the 20's and the following years from last century, have shown interesting aspects of commercial activity and the social life of this port. Alfredo Perucci's parents and his family encouraged great part of the cultural, social and artistic activities of the XXth century giving recreation and satisfaction to many generations.

Keywords: Taltal, Alfredo Perucci G., commercial activity, social life.

Heidegger, el gran filósofo alemán, resumía la existencia humana como un *Das sein*, literalmente "ser aquí", subrayando que "hay que pensar desde la provincia". Como él era académico y rector de la Universidad de Friburgo, entonces insistía en quedarse en ese hermoso rincón de Suiza, desechando el llamado para dictar su cátedra en Berlín. Planteó, entonces, el tema del arraigo, del terruño, del lugar donde uno ha nacido, donde ha vivido su vida. Ese arraigo que se hace inspirador, fundamental y permite recibir y concebir al mundo que le llega y le invade desde la impronta dejada por la familia. Me valgo de esta coyuntura histórica para extender mi saludo veraniego a don Alfredo Perucci Giacaglia, quien cada mes de febrero acude con su esposa, hijas, nietos y familia a visitar el terruño taltalino que lo vio nacer en 1913. Vuelve a disfrutar del clima, de las playas, del congrio colorado, de los amigos que van quedando y a celebrar, en febrero, un año más de su vida.

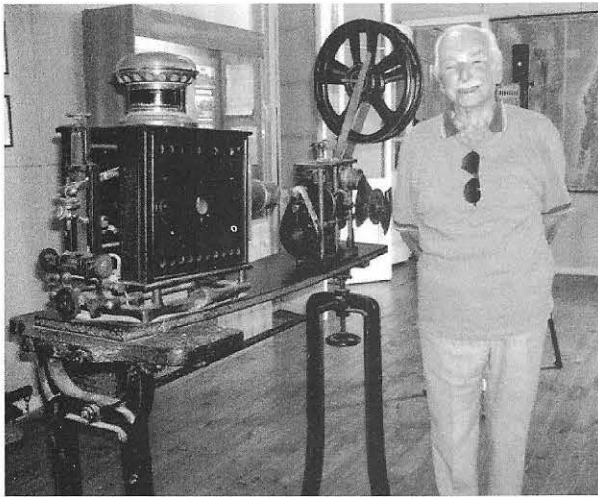
-Acompáñame a conversar un rato bajo el quitasol en esta playa de "Tierra del Moro", un nombre con historia, me dice con ánimo de iniciar la tertulia.

-¿Por qué Tierra del Moro? Estamos al pie de Morro Colorado, de Punta Morada, un enclave importante para los arqueólogos. Pero de moros, nada.

-Yo te voy a contar. Hacia los años 20 a 30 del siglo pasado, los taltalinos no venían por estos lados a pasear. Era una playa desolada, a menos de 5 kilómetros del puerto. La movilización era escasa y el camino malo. Para los jóvenes de entonces, este era un lugar ideal para venir a pololear, sobre todo después de las seis de la tarde. Entre ellos se pasaban el dato si había o no "moros en la costa", esto es intrusos que entorpecieran sus cuitas. Cuando a mi hermano Bruno le preguntaban mis padres dónde había estado hasta tan tarde de la noche, respondía "por allá por la tierra de los moros". Nadie entendía nada pero comenzaba a cobrar identidad tan idílico paraje. Fue Bruno quien pintó sobre un peñón plano, por primera vez, el nombre de Tierra del Moro, y hasta hoy, setenta años más tarde, aún se puede leer.

-Usted fue el menor de siete hermanos. ¿Cómo era entonces su vida en familia?

-Guardo de aquellos años los mejores recuerdos. Mi padre fue don Raniero Perucci Romani, sastre de profesión, y mi madre doña Emilia Giacaglia Panfiggi, quienes llegaron a Chile en 1893 procedentes de Ancona, Italia, un puerto fundado por los griegos de Siracusa hacia el siglo cuarto antes de Cristo. Su primer trabajo no estuvo en Taltal sino en el mineral de El Guanaco. Cinco años más tarde ya se instalaban en el puerto. Si bien nuestra familia estuvo siempre ligada al Teatro Alhambra, frente a la plaza, nosotros vivimos cuando niños en calle José Antonio Moreno casi esquina de Serrano, a espaldas de lo que luego fue el sector de Barazarte. Mi infancia la viví en Taltal, fui alumno del liceo y mi profesor de inglés fue tu padre, don Carlos Prenafeta Ruiz, por allá por 1927-1928. Luego me fui a Antofagasta a proseguir estudios de humanidades, donde vivía mi hermana Elena, casada con el comerciante



F. 1: Don Alfredo Perucci G. en su última visita al museo, posa junto al aparato cinematográfico marca Pathé Freres de París, adquirido por su familia a principios del siglo XX.

español Alfredo Orío, y más tarde –como muchos taltalinos de la época– fui a terminar los estudios secundarios en Santiago, en el Internado Nacional Barros Arana, INBA.

–En uno de los viajes en tren a Santiago, tuvieron ustedes que lamentar el fatal accidente de un compañero.

–Se viajaba entonces en tren o en barco, pero preferíamos el tren. Íbamos un grupo de alumnos al internado, entre ellos Pedro “Perico” Geli Vila, hijo de padres catalanes y miembro de una familia de comerciantes de nuestro puerto. Era un muchacho tranquilo y en un momento se le ocurrió abrir su ventanilla y sacar medio cuerpo afuera, justo cuando el tren entraba en uno de los escasos puentes de fierro del trayecto. Quedó decapitado de inmediato, situación que nos conmovió a todos porque como niños no sabíamos qué hacer y cómo darle la noticia a su familia y luego al colegio.

–¿Cuál fue el camino que siguió una vez egresado del colegio?

–Primero, estudié un año inglés en el Pedagógico, para luego ingresar de lleno a Derecho en la Universidad de Chile, donde egresé en 1943 y comencé a trabajar en el estudio de un senador de la República y posteriormente en Condecor, el Consejo de Comercio Exterior, organismo que luego pasó a formar parte del Banco Central. En el Banco hice toda mi carrera hasta 1976, cuando me acogí a jubilación.

–¿Y lo más importante a su paso por Condecor?

–Sin duda el encuentro con la que sería mi esposa, Carmen Corbalán Barbier, quien también trabajaba allí. De esa unión nacieron mis tres hijas, Anita, Verona y Rossana, quienes me han dado ocho nietos y dos bisnietos. Toda mi vida familiar, unos 57 años aproximadamente, si bien la he desarrollado en Santiago, he tratado de extenderla cada verano a Taltal, en tiempo de vacaciones, para visitar a mi familia residente y compartir con ellos y con el clan de sobrinos y sus familias que vienen con iguales propósitos.

–Esa familia que quedó marcada por el Teatro. Decir Perucci fue siempre decir Teatro Alhambra. ¿Cuál es la verdadera historia de esta relación?

–A fines de 1920 se anunció que un empresario cinematográfico, mister Guillermo Bidwell, llegaba a Taltal para iniciar la construcción de un teatro dotado de todos los adelantos modernos y que se levantaría en un lugar central de calle Prat. Dicho teatro nunca se construyó. En esos momentos mi padre era el empresario del teatro Municipal, ubicado en el lugar donde hoy funciona la Municipalidad. Los diarios locales elogiaban la adquisición de un aparato cinematográfico marca Pathé Freres, de París, y la primera función con tal adelanto se ofreció gratis para que el público conociera las bondades del nuevo sistema. En dicha función, abarrotada de gente, los palcos daban asiento a connotadas familias del puerto, chilenos y extranjeros.



F. 2: Teatro Alhambra, 1955. A un costado funcionaba la confitería atendida por doña Francisca Perucci y su madre, donde los niños bebían granadina y horchata antes de iniciar las funciones de cine.

–¿Hubo algún interés de mister Bidwell por administrar también el teatro Municipal?

–Por supuesto. Mi padre ofreció 600 pesos mensuales y una inversión de doce mil pesos para efectuar mejoras en el teatro, más o menos similares a las que ofrecía mister Bidwell. Ambas propuestas fueron rechazadas por el municipio. En contra de la propuesta de mi padre votaron los regidores Barón, Marín, Matamoros, Santana y Vergara, y a favor lo hicieron los señores Aguirre, de la Barrera, Alday y Guerra. Se comentaba que don Carlos Barón Zamora favorecía la propuesta de Bidwell por estar en contra del italiano Perucci.

–¿Qué pretendía don Carlos Barón?

–Él era el segundo alcalde y exigía para arrendar el Teatro Municipal la suma de mil pesos mensuales y otros diez mil para arreglos, además de dos beneficios al año cedidos gratuitamente para conciertos y espectáculos. Quería también cien entradas gratis para alumnos del Liceo y las escuelas el 21 de mayo, 18 de septiembre y año nuevo, y dar funciones sin pago para los colegios. Pero eso no era todo. Exigía traer por lo menos dos veces al año compañías de operetas, zarzuelas y otras cosas más.

-Era mucho pedir. ¿Qué hizo entonces don Raniero?

-Solicitó a la Municipalidad el permiso para construir una sala de espectáculos propia para dar funciones de biógrafo y números de variedades en el sitio de su propiedad, en calle Torreblanca frente a la plaza. Acompañó planos y antecedentes y el 18 de junio de 1921, el alcalde José Antonio Guerra puso su firma al decreto número 36 concediendo el permiso.

-Manos a la obra. ¿Cuándo se inauguró oficialmente el Teatro?

-Ahí hubo otro problema. El 18 de noviembre de 1921 se debía inaugurar todo con una primera función a beneficio del "Hospital 21 de Mayo". Carlos Barón y otros pidieron postergar la ceremonia por estar inconclusa la construcción y no ofrecer seguridad al público. Propuso que la obra fuera inspeccionada por peritos. Pero éstos dijeron que no había problemas porque estaba bien construido y las funciones partieron regularmente. Ese mismo año, el alcalde Santiago Ochoa había firmado un decreto que prohibía en las matinés la exhibición de películas que tuviesen escenas de robos, traiciones, amorfios y otros delitos, y se prohibía la asistencia nocturna a niños menores de cinco años por la salud y molestias que causarían.

-Parece que corrían vientos de prosperidad en el puerto. ¿Cuáles son sus recuerdos de la vida cotidiana de entonces?

-Las colonias extranjeras tenían una actividad sorprendente en el comercio, el turismo, los servicios: españoles, yugoeslavos, italianos, judíos, chinos, árabes y por ciertos os chilenos establecidos. El comercio vivía una época de intensa actividad y por qué no decirlo, de franca prosperidad, mientras permanecían encendidos los fuegos de todas las oficinas salitreras del Departamento. El auge salitrero significó vida grata, prosperidad, alegría, trabajo para todos, dinero, fiestas. Pero como nada es eterno, la fatal aparición en el mundo del salitre sintético marcó el principio del fin de esa época dorada. Empezó la crisis en todo el norte. Las oficinas poco a poco fueron cesando sus labores, se produjo el éxodo masivo de sus habitantes a los puertos donde eran embarcados hacia el centro del país. Familias completas atochaban los vagones del ferrocarril y luego los muelles esperando el viaje hacia un destino incógnito.

-¿Aún circulaban veleros o éstos ya habían desaparecido?

Según fotografías de esos años, un bosque de mástiles señalaba la gran cantidad de ellos esperando el carguío de sus bodegas, pero en mis tiempos de niño ya no llegaban. Yo sólo recuerdo los barcos a vapor que los reemplazaron. Al atardecer se veía desembarcar a sus marinerías que, curiosas, recorrían las calles del puerto dándoles un toque de grata animación. Yo escuchaba decir que ese "paseíto" generalmente terminaba en una conocida casa de cena de propiedad de un ciudadano chino, o en las remoliendas ubicadas todas en la parte alta del pueblo.



F. 3: Bahía de Taltal, 1912. Los veleros ya estaban en franca retirada.



F. 4: Teatro Municipal, frente a la Plaza Prat hacia 1925. En su costado sur funcionaba la Biblioteca Pública. Ambos solares dieron espacio más tarde para la construcción del edificio consistorial.

-El cabotaje que surtía a las salitreras llegaba por Taltal. ¿Cómo era ese ajeteo cotidiano en los muelles, hasta donde entraban los carros del ferrocarril?

-Las máquinas transitaban lentamente por calle Esmeralda, llenando de humo a las casas que estaban junto a la línea. Me tocó presenciar el pintoresco desembarco en lanchones del ganado vacuno destinado al consumo de carne de la población. Desde los muelles eran llevados en arreo hasta el matadero, en las cercanías de lo que hoy es la planta Enami. Tengo entendido que las vacas y vaquillonas llegaban en otros envíos porque se destinaban a los corrales del señor Marinovic, ubicados poco más al norte del cementerio. El era el único que abastecía de leche fresca, la que vendía en su negocio de calle Prat esquina sur oriente de San Martín.

-Cuenta la gente que a veces los toros se escapaban del arreo...

-El paso de los toros por las calles polvorientas era un espectáculo. El viaje dejaba a muchos animales mareados, los que se arrancaban de la manada emprendiendo una loca carrera por las calles. Algunos muchachotes aumentaban la confusión con sus gritos. Los transeúntes asustados corrían a esconderse en algún negocio o casa, aunque en tales circunstancias todas las puertas se cerraban para evitar la entrada sorpresiva de algún animal. Esta fiesta se prolongaba por algunas horas. Decían las malas lenguas que una vez un buey entró en la casa de don Aniceto Rodríguez, padre del que fuera senador del mismo nombre, luego de lo cual habría pretendido cobrar una importante indemnización por los destrozos causados por el animal en la fina cristalería que él no pensaba tener. El ferrocarril salitrero jugó un importante papel en la economía local pero también en sacar del aislamiento a Taltal desde su enclave costero. ¿Qué recuerdos guarda de este añorado medio de transporte?

-La estación del ferrocarril inglés estaba ubicada en la esquina norponiente del cruce de las calles Arturo Prat y O'Higgins. Era un edificio grande, de tres pisos y del característico color rojo de todas las construcciones de la empresa. Había en ella un constante trajín de pasajeros, no sólo procedentes de la pampa sino de otras ciudades del país, ya que el tren longitudinal -vulgarmente conocido como "el longino"-pasaba por estación Catalina y allí los pasajeros y la carga tenían el obligado trasbordo. El hermoso edificio de la estación de Taltal, de elegante arquitectura inglesa, un día fue presa de las llamas, las que dejaron sólo un montón de cenizas en un sitio baldío, espectáculo observado con mucha tristeza por todo el pueblo.

-La estación era entonces el punto neurálgico de la ciudad...

-El diario arribo de los trenes producía bastante animación no sólo en ese sector ya que aparecían disputándose los pasajeros los coches "Victoria", como los que quedan hoy en Viña del Mar. Aunque las distancias no eran considerables, no les faltaban clientes que requerían sus servicios. La situación del momento daba para comodidades. Esos coches, igual que los veleros que cargaban salitre, fueron desapareciendo a medida que el progreso introdujo modernos medios de transporte. Creo, salvo error, que uno o dos automóviles de alquiler recién llegaron a Taltal en 1920 o después. Tengo claro recuerdo que el primer auto particular que circuló por las calles taltalinas pertenecía a un médico de apellido Meza. El segundo habría sido el de mi papá, un Ford de toledo plegadizo con dos faroles adicionales a cada lado del parabrisas. Para hacer funcionar el motor era necesario dar varias vueltas a una manivela y al único de la familia que vi conducir ese auto fue a mi hermano Augusto. Tenía yo cinco o seis años y él me llevaba, sentado a su lado, a dar vueltas por las principales calles de la ciudad, y más de una vez me hizo tomar el volante con las dos manos para que yo asumiera la conducción por unos minutos, lo



F. 5: Primer muelle fiscal de pasajeros, 1920. Bastó una braveza para borrarlo del mapa.

que para mí era una gran hazaña. Ahora aprecio en todo su valor esa cariñosa entrega. ¡Cuántos años irían a pasar hasta que yo volviera a tomar el volante de mi propio automóvil!

-A propósito del longino, se cuenta por ahí que una vez usted viajó desde Santiago sin un peso en el bolsillo y que sintió los rigores de no comer durante tres días.

-Hermosos tiempos de estudiante. Efectivamente, no sé por qué motivo partí de vacaciones desde Santiago sin un cobre en los bolsillos y sólo con el pasaje en la mano. Me propuse entonces un régimen de austeridad riguroso a la espera que pasaran las horas y los días que me faltaban para llegar a Catalina y de allí bajar a Taltal. Compartía en el coche un duro asiento con una señora muy pobre que viajaba con su pequeña hija. Ellas traían algunos alimentos básicos para el viaje, que consumían cuidando que les alcanzara para llegar hasta Iquique. Cuando ellas comían yo me paseaba para no caer en la tentación de abrir el apetito que se hacía cada vez más imperioso. Pasado Pueblo Hundido, la señora me habló para ofrecerme unas sopaipillas que seguramente habían salido de una cocina hacía varios días. Le agradecí su gesto y me excusé de aceptarlas, a pesar que las imaginaba frescas y apetitosas. Volvió a insistir con un gesto maternal y no pude negarme. Nunca comí alimento más rico. Fue lo único que probé desde que partí de la Estación Mapocho con los tres transbordos incluidos: La Calera, Pueblo Hundido y Catalina.

-Los años veinte conocieron la impronta de varias colonias vecindadas en el puerto. Una de ellas era la italiana, la de su familia. ¿Cómo era la vida en ella?

-La colonia italiana fue, junto a la yugoeslava –ahora croata– una de las más numerosas y activas. Fue a los italianos a los que se les ocurrió donar un carro especial

para los bomberos, algo que curiosamente no se quiso aceptar por parte de dicho cuerpo. Los viejos Perucci eran dos hermanos, mi padre y el tío Ciriaco, dueño de la zapatería Roma en calle Prat. Entre los paisanos que recuerdo estaban don Ángel y don Nicolás Luxardo; don Bartolomé Serrazi que fue el constructor de la parroquia de Taltal; don Cayetano Vecchiola y su gran almacén “El Arca de Noé” en Serrano y Atacama, que también abrió negocio similar en Chañaral; don Carlos Maggi, don Juan Locatelli; don Antonio Sboccia, doña Francisca viuda de Tocagni, don Luis Pandolfi, propietario del almacén “Victoria”; don Bartolomé Ferrera, vinculado con la familia Cassaregio; don Silvio Chilanzoni, los hermanos Schiavetti y los hermanos Marinello, que tenían una agencia de préstamos e iniciaron la tienda El Pampino. No hay que olvidar a don José Macchiavello, cuyo almacén “Génova” había sido abierto en 1892 y que tuvo, junto a su hermano, dilatada actividad comercial en la ciudad incluyendo agencia de seguros.

Uno de los más conocidos por el rubro de su negocio fue don Pedro Perfetti.

-Don Pedro tenía negocios salitreros en el norte, además de ser propietario de la oficina Flor de Chile. Los que estaban en Taltal eran activos comerciantes, como don Antonio Cagliastri, dueño de la relojería La Hora; don Vicente Bianchi, propietario del almacén San Pedro; don Luis Alzapiedi que proveía menestras, así como don José Cassaregio y don Carlos Isella. Los Solari también tenían actividades de comercio, así como el gran almacén “El Cañón” de don Humberto Monaldi, en calle Sargento Aldea esquina de Juan Martínez. No quiero olvidar tampoco a las familias Basili, Maraldi, Queirolo, Lettura, Passalacqua y Arnello. Los italianos se quedaron casi todos en Taltal mientras los yugoeslavos trabajaron tanto en el puerto como en la pampa.



F. 6: Edificio de la estación del ferrocarril salitrero, en la esquina norte de las calles Prat y O'Higgins; Hermosa construcción de reminiscencia inglesa que un incendio redujo a cenizas.



F. 7: Aviso comercial de la "Zapatería Roma" propiedad de Ciriaco Perucci.

-Y don Roque Caracciolo, que construyó la gruta de Lourdes de La Puntilla...

-Roque y sus hermanos Cosme y Jesús tenían el almacén Panamá y el Hotel Colón, en Serrano esquina de San Martín. Ciclista hasta los últimos años de su vida, Roque le entregó al pueblo la construcción de la gruta donde dejó inscrita en el cemento sus iniciales.

-Los yugoeslavos compartían también buena parte del comercio taltalino.

-Yugoeslavia fue una amalgama de pueblos y religiones, de manera que su población la integraban principalmente serbios y croatas, y en menor proporción eslovenos, macedonios y otros. Al dislocarse el imperio austro-húngaro luego de la Primera Guerra Mundial se proclamó el reino de los serbios, croatas y eslovenos. Para entonces, ya había familias eslavas viviendo en Taltal, como don Juan Milos y su esposa Catalina Vodnizza Zadjelovic. Los hermanos Juan y Antonio Zlósilo llegaron a comienzos de siglo y luego fueron trayendo a sus parientes. Don Lucas Zlósilo era dueño de la fábrica de licores y bebidas gaseosas "La Croacia", mientras el mismo Zlósilo y su paisano Skorsuk tuvieron una fábrica con el mismo propósito llamada "La Parra". Más tarde los hermanos Mateo y Roque Matas, ambos croatas, tuvieron un negocio familiar produciendo bebidas de fantasía. Don Pedro Marinovic fue otro de los pioneros, algunas veces con una escritura especial del apellido terminado en "ch" y otras en "c" y una tilde sobre la consonante. Era lo que pasaba con los Pavletich, que reclamaban descendencia del imperio austro-húngaro y no del resto de los pueblos eslavos. La gente los llamaba "Pavletiche".

-¿Recuerda a otros comerciantes eslavos residentes en Taltal?

-Desde luego los hermanos Devcic y su ferretería, con la colaboración de Santiago Zadjelovic; don Santiago Bradanovic, los hermanos Cvitanovic y su gran almacén Colón, en Torreblanca con Serrano, con sucursal en el almacén Zagreb, en Serrano y Juan Martínez, lo que denunciaba su procedencia croata. El primero de estos comercios desapareció en un gran incendio. Los hermanos Papich -hoy sólo Papic- tenían el negocio "La Nueva Fortuna" en Prat y O'Higgins, otra propiedad que fue pasto de las llamas. Con un hijo de esta familia, Mateo

Papic Omerovic, fui compañero en el INBA y luego se recibió de dentista en 1940. En Agua Verde el dueño del hotel era don Rudoslav Andrevic; en la pulpería de la oficina Alemania trabajaban Pedro Granic y Miguel Fatalovic y en igual desempeño en la oficina Chile estaban Miguel Lukinovic y Juan Siminic, en tanto en Refresco se instaló don Pedro Restovic Care con la tienda "Flor de Refresco". En la oficina Portezuelo el jefe de pulpería era don Pedro Marinovich. Pero en el puerto mismo tenían sus negocios don Mateo Maricich, don Pedro Karstulovich, don Baltazar Francovich, los hermanos Soko, don Antonio Perdich, don Felipe Tomich, la sucesión Bartucevich, don Dusan Perovich, don Nicolás Glasinovic, don Lucas Sapunar Gligo, don Antonio Andreucic y don Juan Zitkovic propietario del almacén "El Sol" en calle Prat. Más tarde llegaron don Juan Grubsic, don Antonio Mihojevich, don Cayetano Vodanovic y el padre de los hermanos Pablovic, conocidos periodistas de televisión.

-Tuve el privilegio de conocer a la nona Emilia, su madre, una mujer que debe haber sido muy hermosa en su juventud. Por ser usted el bambino menor, seguramente era el niño de los mandados de la casa. ¿Cuáles eran sus caseros preferidos?

-Es cierto lo que señalas. Cuentan que mi padre tenía que poner celosos cuidados frente a los hombres que conocían a esta italiana tan hermosa, sobre todo los mineros de El Guanaco. Yo no sólo era el niño de los mandados de ella sino también del resto de mis hermanos. Cerca de la casa estaba el almacén de don Eduardo Esbry, padre de los queridos amigos Esbry Oviedo. Cuando vivíamos en calle José Antonio Moreno existía un gran negocio en Prat, entre Juan Martínez y Torreblanca, de propiedad de don Federico Frixione. Una noche se incendió quemándose gran parte de la manzana, incluso un hotel que ocupaba el lugar donde hoy está el Teatro Alhambra. Recuerdo que me sacaron a la calle y yo veía el cielo totalmente rojo. Se pensaba que el siniestro se extendería a otras partes del puerto.

-¿Y quién era el mejor proveedor de frutas y verduras frescas para las dueñas de casa?

-Don Santiago Ochoa, alcalde de Taltal, tenía su verdulería en Serrano, entre Ramírez y San Martín. Atendía personalmente y fui muchas veces a comprar cuando aún no existía nuestra chacra. Por otra parte era conocida la verdulería del "Huaso Román", cuya familia adolecía del mismo defecto: la visión restringida a un solo ojo, lo que hacía que la gente se olvidara del "huaso" para llamarlo como "el tuerto Román". Tomás Cáceres, más conocido como "el guatón Cáceres", se especializaba en el buen zapallo sureño que le llegaba en los barcos de cabotaje. Don Manuel Santana y su hijo Alfredo, conocido como "Pejerrey", eran también verduleros de renombre en calle Atacama entre Serrano y Prat.

-Parece que los españoles privilegiaron más el rubro del comercio en vestuario...

-En ese rubro hubo de todo. Muchos recuerdan hasta hoy "La Rosa Blanca", del comerciante español Juan Fernández Orío, ubicada en la esquina de Prat y Torreblanca (actual chalet Restovic). Allí trabajó el joven Alfredo Orío Parreño, recién llegado de España y pariente de los Fernández. El fue mi futuro cuñado al casarse con mi hermana Elena, madre luego de Eduardo, Mario y Carlos Orío Perucci. Los catalanes Geli Vila, por su parte, tenían buenos géneros y una fina cordonería atendida personalmente por Juan y Mercedita Geli en calle Serrano, en frente a su casa



F. 8: Tienda de don Antonio Zlósiilo, al costado del Teatro Alhambra, "proveedor marítimo y cambiador de dinero", según rezan los anuncios. Más tarde el local fue utilizado por la pastelería "La Selecta" de don Rosauro Gallegos, la que conservó el "Money Exchange" cuando ya declinaba la llegada de barcos extranjeros.



F. 9: Casa comercial de la familia Fernández, luego emporio de comerciantes chinos en la esquina de las calles Serrano y San Martín. Un incendio acaecido en 1947 terminó con el negocio. Sesenta años más tarde, un cierre de calaminas marca allí el destino de gran cantidad de casas y comercios incendiados, mal endémico nunca resuelto en Taltal.

habitación llena de limoneros y azahares. Pero también estaba "La Camelia", de los hermanos José e Isaac Jaime, ubicada en calle Prat vecina a la actual agencia de Tur Bus. El hermano menor Jack, recién llegado de Israel, fue mi compañero y amigo en la escuela, en el liceo y en la Universidad de Chile hasta el día de su muerte, joven y ciego. "La Camelia" siempre tuvo filiación judía. Abrió sus puertas en 1917 bajo la propiedad de Simón Albagli y terminó su giro medio siglo más tarde en manos de don Moreno Samuel.

-Había cultura por el buen vestir, por el traje y los zapatos nuevos para el 21 de mayo y el 18 de septiembre. ¿Quién se ocupaba de confeccionar un traje a la medida?

-Había bastante competencia entre los sastres y trabajo para las que armaban pantalones y chaquetas. Don Tadeo Alday era uno de los que proveía finos casimires y sastrería. La publicidad decía "Qué terno te veo. Me lo confeccionó Tadeo". Su yerno, el ciudadano peruano Juan López Zamora, también tenía tienda y zapatería aparte. Buenos trajes hacía también el "Negro Bustos" en calle Serrano con Ramírez. El negocio se llamaba "El Negro" y su dueño era don Guillermo Segundo Bustos, que por ser de tez morena pasó a homologar su condición con el nombre de su sastrería. Castro Villagra, por su parte, se especializaba en "virar ternos", oficio que hoy los más jóvenes ignoran lo que puede ser. Toda una historia hay, por otra parte, con "El Pampino", tienda que tenía sucursal -como corresponde- en las salitreras. Bernardo Zebil, mal llamado "turco" porque era judío, tenía un surtido baratillo en calle Prat, cerca de las tiendas de don Elías Nara, don Abraham Resk y la familia Seleme Farjat, también mal llamados "turcos" en vez de árabes. Un italiano, don Camilo Musso, completaba esta lista de sastres y "viradores", encargados de atender a los "pijes" de la época.

-Eran los tiempos en que en las vitrinas se colocaban algunos anuncios que hoy se pueden mal interpretar...

-Así era. Uno de ellos decía: "Atención. Se aceptan separados". La gente que llegaba del sur y los leía se escandalizaba porque asociaba con las personas que rompían su matrimonio. Y lo que ocurría es que ese comerciante aceptaba que la gente escogiera una prenda de vestir y diera una determinada cantidad de dinero como pie, para luego, llegadas las fiestas, pudiera pagar el resto y sacar definitivamente los trajes, camisas o zapatos nuevos. Los taltalinos entendían el aviso pero a los de afuera le parecía curioso.

-A propósito de "pijes", parece que los hubo de todo tipo. A algunos no les faltaba un clavel en el ojal, polainas sobre los zapatos y un bastón ligero. ¿Recuerda a algunos?

-Por cierto. Estaba, por ejemplo, el conocido "pije Silva". Frente a la iglesia, en la esquina de Prat y Ramírez, funcionaba la tienda "La Giralda". En uno de sus muros exteriores tenía pintada la catedral del Sevilla, conocida precisamente como La Giralda. En la pared que daba frente a la iglesia habían reproducido con gran parecido la figura casi de cuerpo entero de un característico caballero de Taltal, el secretario municipal don Sergio Gallardo, muy amigo de mi familia. Era uno de los hombres elegantes del pueblo, con bigotitos teñidos con las puntas hacia arriba, vestía chaleco de fantasía, de raso, y un infaltable y gran clavel en el ojal del vestón. Las murallas eran verdaderas obras de arte, pintadas por un artista alemán de apellido Fusch que residía en el puerto. A tal punto llegaba el refinamiento por el buen vestir. En muchos hogares se conservaron, hasta entrados los años cuarenta,

los sombreros "tarro de pelo" que muchos novios lucieron en sus matrimonios. El mismo don Carlos Barón solía usar levita y bastón en las ceremonias municipales y en el cargo de gobernador que ocupó por un tiempo.

-Ya comienza a caer la tarde. Cuénteme don Alfredo: ¿Por qué le atrae tanto Taltal?

-Esta pregunta vale igual para ti porque te encuentro cada año donde mismo nos despedimos el año anterior. Siento un amor entrañable por esta tierra y creo habérselo transmitido a mi esposa y a mis hijas. Aquí se abrieron brazos anónimos para recibir a mis padres y se siguen abriendo generosos para hacer lo mismo con mi familia. Aquí el silencio de un atardecer embriaga el espíritu y el calor de la mañana alienta la vida. Y el silencio es el ámbito de las cosas esenciales. Por eso vuelvo con el espíritu dispuesto a quedarme para siempre.

El 17 de junio de 2008, tras una breve bronconeumonía, falleció en Santiago don Alfredo Perucci Giacaglia a la edad de 95 años. Hasta sus últimos días, recordó y soñó con volver a la "Tierra del Moro" en el verano siguiente. Pidió que al momento de fallecer sus restos fueran devueltos a esa playa. A nombre de sus amigos taltalinos residentes en la capital, despedí sus restos minutos antes que sus Hermanos denunciaran que se acababa de romper la cadena de la fraternidad ante su partida a decorar el Oriente eterno.

En febrero de 2009, su esposa, hijas y familiares, invitaron a los amigos a lanzar al mar sus cenizas -junto a cientos de flores- en la misma playa que él lo solicitara: cuando comenzara a perderse el sol que incendiaba el horizonte. Fue un atardecer hermoso en un día diáfano de aguas tranquilas. Desde el terruño, desde la provincia como proclamaba Heidegger. Y mientras percibíamos que el sol estaba aún arriba, en el horizonte, antes de la puesta, lo cierto es que ya hacía ocho minutos que estaba físicamente abajo y que la luz nos estaba llegando ocho minutos, atrasada y vieja. Esto es: estábamos viendo el pasado, en contacto con la luz que fue. Al echar al mar las cenizas del amigo, el presente ya no existía. Quedaba un resabio suyo sólo en nuestra frágil memoria, no apenados por haberlo perdido sino felices por haberlo tenido.

FOTOGRAFÍAS. 1, 2, 4, 5, 6, 7, 8, 9 Archivo fotográfico del Museo Augusto Capdeville. Taltal, Chile.

FOTOGRAFÍA. 4, Gentileza del MNHN. Santiago, Chile.